



SALA DE LEITURA

Releer Octubre de 1917

Por **Jean Claude Milner**

(Traducción de Natalia Romé, revisión: Philippe Augusto Carvalho Campos)

Octubre '17, la Revolución de Octubre, la Revolución Soviética: estas expresiones han sonado extensamente como nombres de la victoria. Esto difícilmente podría dudarse, evocados con entusiasmo o con preocupación, los nombres de victoria y revolución quedaron enganchados. La creencia revolucionaria, en su forma moderna, nació de ese modo. Y todos, defensores y adversarios, dieron esto por supuesto.

La originalidad de tal configuración ha sido olvidada. Por su parte, el siglo XIX se desplegó ciertamente, bajo la sombra deseada o temida de la revolución. Pero ninguno de los eventos que reclamaron su nombre alcanzó la victoria. Peor aún, ninguno alcanzó su conclusión. Cada vez, fuerzas externas distorsionaron su sentido o simplemente, lo interrumpieron. La misma Revolución Francesa ofreció una idea de lo que podría ser una revolución victoriosa en Europa. A pesar de que condujo finalmente al Consulado y al Imperio, sus partidarios y adversarios consideraron que, para bien o para mal esta había desplegado

plenamente su curso. Allí donde estuvo presente, dejó sus marcas. Algunas de las cuales, en Francia, parecieron imborrables.

Como consecuencia, los revolucionarios del siglo XIX continuaron volviéndose hacia la Revolución Francesa. Proveyó un modelo para el curso de la acción; y durante la derrota, entre la desilusión, las sediciones y la nostalgia, su recuerdo se ofreció como un refugio. El año 1848 inauguró el período de oscuridad. Menos de un cuarto de siglo más tarde, la Comuna de París lo iniciaba de nuevo. Lo contrario ocurrió en Octubre de 1917. No solamente podría la Revolución de allí en más ser victoriosa; sino que sólo podía convocar una victoria total, transformando la sociedad como un todo.

Demasiado acostumbrados a esperar todo de un futuro distante, muchos de los partidarios de la revolución se mostraron poco crédulos ante un presente poco esperado. Pero los revolucionarios profesionales habían sido preparados para este salto. En sus representaciones, el estatuto de la victoria se había ya modificado. En lugar de estar posicionada en el vértice entre la nostalgia y esperanza, la victoria se había vuelto un objetivo, el objetivo realista de una batalla forjada en la estrategia de la lucha de clases. Y el Partido Bolchevique y Lenin encarnaban esta convicción.

En octubre de 1917 la materialidad de las circunstancias jugó un papel. Pero, en sí mismas, no resultan suficientes para explicar una ruptura. La narrativa de John Reed, en este sentido, es sintomática. Es tan inexacta como la de la mayoría de los historiadores: sean las de Herodoto, Tácito o Georges Duby, pero no lo es más, tampoco. Acomoda los hechos con libertad, pero no los inventa. Para que la trama que él propuso fuera aceptada, y para que la opinión pública creyera que efectivamente, en diez días el mundo se había sacudido, el ideal de la revolución tenía ya que haber sido transformado antes de 1917.

Para comprender por qué esto fue así, debemos retroceder hasta 1848 y a la nostalgia que este período crucial dejó tras de sí. Como todo luto, requirió trabajo. Es bien conocido que las letras francesas, como *Los miserables*, *La educación sentimental* y *Las flores del Mal* hablaron, cada una a su modo, de la revolución como el objeto ausente de un deseo subjetivo. Paralelamente a los nove-

listas y poetas, el discurso político hizo también su contribución. Uniendo partes y fragmentos, cosió la bandera de la esperanza —hasta que la derrota de la Comuna condujo a un efecto de saturación. La Comuna casi resultó una derrota demasiado fuerte para los revolucionarios de Europa. El movimiento obrero casi se cerró en sí mismo, para siempre, en una ceremonia de celebración simultánea de los muertos y las ganancias sociales, aceptadas como justas compensaciones.

La Guerra Civil en Francia, de Marx, funcionó como un obstáculo para este tipo de pensamiento. Publicada en 1971, se convirtió rápidamente en el primer escrito marxista en concitar la atención de las organizaciones obreras internacionales. Y durante los últimos años del siglo XIX, sólo creció en importancia. “Sabes vencer, pero no sabes aprovecharte de la victoria”, se le había dicho a Aníbal. Marx dirige la misma crítica a las insurrecciones masivas.

Una vez que la maquinaria del poder estatal ha sido tomada y conquistada, dice, la tarea no es hacerla funcionar de otro modo, sino destruirla. Un verdadero cambio de paradigma puede discernirse en su análisis. Marx no está preocupado en determinar la estrategia mediante la cual se obtendrá la victoria; la victoria no es lo más difícil de alcanzar, sugiere. Y en lugar de problematizar el momento previo, problematiza el posterior. En ese énfasis, Marx modifica la victoria en sí misma. Esta no sólo cesa de ser una esperanza para volverse un objetivo; sino que además este objetivo deja de ser el más arduo de los finales, una vez que se comprende que el capitalismo es más frágil a medida en que progresa. Lenin analizó este nuevo paradigma, mejor que nadie. Y *El Estado y la revolución* expresa el núcleo de esta reflexión.

Iniciado en septiembre de 1917, la elaboración del libro es interrumpida por los acontecimientos de octubre. Sin embargo, los hechos mismos son la continuación su trabajo por otras vías. La actitud de Lenin respecto de la toma del poder se apoya enteramente en su propia doctrina.

El discurso leninista se da como tarea superar el marco heredado de 1848 y de la Comuna de 1971. El sistema de recompensas elaborado por los social-demócratas europeos debe ser denunciado. Lejos de constituir una victoria en desarrollo,

la mitad de una victoria, o un punto de apoyo en el sendero hacia una victoria final, sólo preparó la derrota del movimiento obrero, procurando hacerla tolerable. Al hacerlo, acostumbró a los vencidos a su propia derrota. Este es el motivo por el que debe regresarse siempre sobre la victoria; ésta no consiste la preparación de una revolución sino, en aquello que estructura la revolución misma en cada paso. La victoria puede considerarse como una meta, pero antes bien, constituye más un punto de partida que de llegada.

La memoria de la Revolución Francesa es por lo tanto necesaria, pero como demostró Lenin, no es suficiente. Y el recuerdo del heroísmo del pasado lo es menos. Es aquí que la importancia de Alexander Herzen debe ser subrayada. Éste vivió en París durante la revolución de 1848 y la registró en su libro *Desde la otra orilla*. Pues bien, él sugiere allí que París no es, ni será jamás, la capital de las revoluciones. Y, a medida en que pasan los días, subraya el carácter luctuoso de los discursos y las acciones. Una memoria es, precisamente, sólo una memoria; es decir, un modo de olvido. El futuro se encuentra en cualquier otra parte. Y es en Rusia, que Herzen piensa.

Es significativo que este texto extraordinario, escrito entre 1848 y 1850, haya sido traducido al francés recién en 1871. Produjo entonces una fuerte impresión en el público. Pero las versiones rusa, inglesa y alemana circulaban ya en 1850, en los medios revolucionarios de Europa. Ciertamente Lenin la haya leído. Y acaso haya escuchado lo que no se dijo, pero sí sugirió en él la idea de que una revolución vencida no es una revolución. Si el pueblo verdaderamente se levanta, entonces no hay fuerza que lo contrarreste; allí donde haya habido una derrota, debe concluirse que el pueblo no se ha levantado verdaderamente.

El marxismo-leninismo concluye, en este sentido, que no hay nada para aprender de las revoluciones europeas del siglo XIX porque fracasaron. “Nada habrá tenido lugar, sino el lugar” Mallarmé escribe en los últimos años del siglo. Lenin no está lejos de pensar lo mismo. *Vae victis*, “ay, de los vencidos,” hubiera agregado. En Europa occidental, los vencidos de 1848, estaban finalmente satisfechos con su progreso social. Esto pudo advertirse en 1914, cuando los obreros no dudaron en luchar

por una patria que habían sido conducidos a considerar generosa. Llevando este punto hacia un extremo cínico, podría decirse que los líderes sindicales alemanes, franceses e ingleses actuaron como si sus derrotas fueron más beneficiosas que sus victorias. Más exactamente, transformaron la victoria revolucionaria en un espantapájaros.

La evocaron durante sus negociaciones para inducir temor en los “gorriones del jefe”, con la firme convicción de que el muñeco de trapo jamás cobraría vida. El marxismo-leninismo afirma exactamente lo contrario.

En Octubre de 1917, la Revolución Soviética, como Lenin esperaba, proyecta en la realidad empírica el giro que éste concibió en la teoría. Los revolucionarios europeos se encuentran contra la pared, tienen el deber de obtener una victoria total, en plena guerra social y política. La guerra militar, conducida por las clases dominantes, ofrece una oportunidad porque, gracias a los ejércitos masivos, se produce el encuentro de campesinos y obreros en una articulación singular. Revolución y victoria marchan juntas. Porque la victoria en sí misma comprende a todos los frentes –militar, económico, social, etc. Este hecho es la base para alcanzar el poder de estado, que Lenin concibe como la fuente de todos los poderes.

El nivel del Estado no debe ser desatendido. No es la última palabra de la revolución, pero sin él, no puede obtenerse nada. Los escolásticos distinguían entre el *adjutorium quo* y el *adjutorium sine quo non*: los medios por los cuales el objetivo es alcanzado y los medios sin los cuales el objetivo no puede ser alcanzado. Puede identificarse el Estado de Lenin como el *adjutorium sine quo non*, aquello cercano a la última palabra, sin lo cual, la revolución en tanto que última palabra, puede no suceder. Mallarmé se lamentaba por el anteúltimo vencido; con el nombre de “dictadura del proletariado” Lenin honra la penúltima victoria, que es condición de la victoria final. No se trata aquí de evaluar avances y retrocesos políticos o sociales. La cuestión es mucho más seria: la noción misma de revolución se ha transformado. Antes, dependía de las intenciones. Lo interrogado eran las intenciones de Robespierre. Se recurriría al trabajo de los historiadores que estudiaron, por su parte, los discursos y las acciones. Si resultara que sus intencio-

nes se correspondía con el ideal de revolución, entonces Robespierre habría sido revolucionario, con independencia del éxito de su intervención. No es que el marxismo-leninismo abandone esta pregunta, pero le resulta insuficiente. Para ser considerado un revolucionario, Robespierre debió tomar del poder de Estado. Es por ello que resulta decisivo el período del Comité de Salvación Pública (Comité de Salud Pública) y, sobre todo, el Gran Terror. La intensidad de este período compensa su brevedad. Durante este tiempo, Robespierre fue victorioso.

Los historiadores influenciados por el marxismo-leninismo expresan desdén por Danton e indiferencia por Marat. Las razones para estos juicios suelen atribuirse a la consideración de sus respectivos programas. Sostengo que esto es erróneo. Existe otra razón de mayor peso: a diferencia de Robespierre, ni Danton ni Marat alcanzaron plenamente el poder. En este punto, no cumplen con el criterio principal. No son victoriosos.

A la luz de esto, se puede comprender la prisa de Lenin cuando al llegar, en abril de 1917, decide la situación de Rusia. Si los bolcheviques no se hacen cargo del aparato del Estado, para deshacer su maquinaria, aceptarán el destino de los vencidos para siempre. La revolución habrá perdido una vez más su oportunidad, en Rusia, como en 1905 y como en febrero de 1917. Deberíamos coincidir con Kautsky en que eso sería condenar a los revolucionarios a actuar como enfermeras dedicadas a curar las heridas de los vencidos. El revolucionario no tiene sólo el deber de operar los medios necesarios, sino que tiene también el deber de alcanzar el resultado.

La concepción moderna de revolución descubre allí sus axiomas y sus teoremas. La teoría de la revolución podría ser entonces completamente reducida a una teoría de la victoria. Esto es, una teoría de la toma de poder del Estado. El siglo XX descubre las leyes de su itinerario aquí. Mao Tse-Tung despliega plenamente sus consecuencias: “Luchar, fracasar, volver a luchar, fracasar de nuevo, volver otra vez a la luchar, y así hasta la victoria”. Si se borran las últimas palabras de esta máxima, se redescubre la sabiduría de las naciones; el curso de la historia de la humanidad puede ser reducido a una sucesión alternativa de batallas y derrotas. Es sólo con la incorporación del leit-motif de la victoria

que se alcanza el discurso revolucionario.

La victoria funciona como operador revolucionario por excelencia. La misma lógica es discernible en otra fórmula, que es muy extraña cuando se la analiza: “Atreverse a luchar y atreverse a vencer”. Desde esta perspectiva, tanto la Europa del siglo XIX como los bóxers chinos, se atrevieron a luchar, pero no se atrevieron a ganar. Los bolcheviques, en cambio, dieron el paso decisivo en octubre de 1917. Y es por ello que el siglo XX es y será el siglo de las victorias. Tempranamente, en 1957, Mao ya condensaba el sentido histórico de este siglo en la imagen del tigre de papel: “¿No era Hitler un tigre de papel?, ¿no fue acaso derribado? También dije que el zar de Rusia, el emperador de China y el imperialismo japonés habían sido todos tigres de papel. Como ustedes saben, ellos, en su totalidad, fueron derribados. El imperialismo norteamericano no ha sido derribado aún y, además, posee la bomba atómica. Pero estoy seguro de que también será derribado, pues es igualmente un tigre de papel.” (Conferencia de Representantes de Partidos Comunistas y Obreros celebrada en Moscú. Noviembre, 1957)

La fórmula de tres partes es bien conocida: “Los países quieren la independencia, las naciones quieren la liberación, y la gente quiere la revolución - esto se ha convertido en la tendencia irresistible de la historia.” Al examinarla de cerca se encuentra en ella una teoría de los tipos. A cada tipo de guerrero corresponde un tipo de victoria. La revolución representa el escalón superior; pero otros dos participan en la misma “tendencia irresistible”. Desde luego que la originalidad del maoísmo no puede negarse, aunque es indudable su relación con el marxismo y especialmente, con el texto de Marx sobre la Comuna. Si bien la victoria es definida y conquistada de diverso modo para Lenin y para Mao, constituye para ambos la piedra angular de la revolución.

En el siglo XIX, la creencia revolucionaria estaba fundada en la esperanza. La victoria indicaba la línea del horizonte gracias a la cual, las derrotas no conducían a la humanidad a la desesperación. Pero el horizonte en sí podía mantenerse inasible, mientras orientara la mirada, cumplía su cometido. Para emplear otra analogía, la esperanza revolucionaria se apoyaba en la revolución, del

mismo modo en que un marinero se ubica con las estrellas, sin pretender alcanzarlas. Las estrellas guían a las creaturas terrenales justamente porque son inaccesibles para ellos. Los revolucionarios del siglo XIX se definían a sí mismos por la fuerza de sus convicciones, una fuerza tan intensa como para relevarlos de cualquier necesidad de esperar la victoria. En el siglo XX, el marxismo-leninismo cambia el marco de referencia. La victoria en sí misma es la prueba de que la convicción es fuerte. Octubre '17 ofrece la prueba experimental de este principio. El nuevo encuadre reemplaza al anterior, tal como Galileo triunfa sobre Aristoteles. En 1918, con La revolución proletaria y el renegado Kautsky, Lenin completa la demostración: en tanto la convicción se demuestra con la victoria, aquel que no reconoce la victoria donde esta ocurre, prueba mediante ese mismo gesto, su falta de convicción.

Comenzando con la incesante celebración de Octubre, el estalinismo desarrolla una especie de obsesión con la victoria, como si la palabra misma se hubiera convertido en la marca suficiente y necesaria de la fidelidad. La retórica hace uso y abuso de ella, concluyendo por revertir la relación: no debe decirse que la revolución es una victoria, sino que toda victoria sirve a la revolución. Desde los experimentos de Michurin en agricultura, hasta la exploración del espacio exterior, los revolucionarios tratan a la naturaleza como un adversario que debe ser derrotado. Vencer a la enfermedad con el último adelanto de la medicina, rechazar la muerte con el embalsamamiento, suprimir la distancia entre objeto y representación a través del realismo socialista, superar el fin o la muerte de un amor mediante la camaradería del Partido —la lista de triunfos resuena sintomáticamente. La ecuación “revolución = victoria” es reversible: “victoria = revolución”.

El resultado de la Segunda Guerra Mundial sella este acuerdo. La victoria sobre el nazismo concluye, confirma e interpreta la victoria de Octubre, que es la de la revolución. Todo lo que queda es triunfar sobre la victoria y sobre la revolución misma, para probar que ninguna importa aisladamente. Su importancia consiste en el vínculo que las liga y ese vínculo requiere del Partido y de su líder. La ecuación “revolución = victoria” y la fórmula simétrica “victoria=revolución” se sostienen solamente gracias al signo igual. Al pasar de un acontecimen-

to a otro, el signo debe ser aprobado, caso por caso, por el líder supremo del Partido. Siempre que retire la pluma o cruce el documento, todo puede ser permitido. El Partido decide, en última instancia, si las ecuaciones generales permiten concluir que un individuo es un vencedor y un revolucionario. El dictum de omni et nullo sólo es válido con el consentimiento del Partido.

Las Grandes Purgas comenzaron durante la preparación del XVII Congreso, en 1943. Y resulta sugerente que fuera llamado también el “Congreso de los Victoriosos”. Era, de hecho, incluir a la Revolución de Octubre en el registro de las mayores victorias de la humanidad. Considerando su propia biografía, cada uno de los participantes, podría haber sostenido que su propio apellido pertenecía a esas páginas. Sin embargo, todo el mundo pudo ver que nada de eso sería automático. Trotsky encarnó, al máximo, la desconexión entre la fe y las obras revolucionarias. Tenía derecho a presentarse como uno de los principales artífices de la victoria final. Pero, sin ignorar jamás sus logros, Stalin lo excluyó de la victoria y, con ello, de la revolución. La vida y la muerte de Trotsky dependen de ese marco de referencia de Octubre del 17. Y exponen su imagen invertida.

Allí donde reina, la creencia revolucionaria está fundada en los axiomas de la victoria. Pero esa axiomática ya no convence a nadie. Desde un punto de vista empírico, sería destrozada por el informe secreto de Krushev. ¿Podría todavía sostenerse que la Revolución Soviética había triunfado, si Stalin se revelaba como un criminal? Incluso concediendo que Lenin hubiera concluido su trabajo político, habría que admitir que éste no le sobrevivió. ¿Entonces la revolución habría dependido de la salud de un solo hombre? Si es así, el marxismo-leninismo es reducible a una aventura personal. Los maoístas chinos desarrollaron una tesis inversa, pero sus consecuencias no fueron muy diferentes. Según ellos, el discurso de Krushev inauguró el reinado de los nuevos zares. Y esa expresión debe tomarse en sentido literal. En estas condiciones, la revolución había sido derrotada en la media en que el Imperio zarista aparecía como restablecido bajo la máscara de la URSS. A partir de ese momento, la cadena de acontecimientos se asemeja a las novelas de la decadencia familiar; como en los Bu-

ddenbrooks, de Thomas Mann, la herencia de octubre es abandonada, pieza por pieza, antes de ser rematada. La negociación entre Gorbachov y Kohl que inició el colapso del Imperio Soviético, es bien conocida.

Sin embargo, el problema comienza mucho antes. Octubre es el momento en que se considera que los bolcheviques han logrado tomar el poder. ¿Pero se apoderaron realmente del poder? ¿Fue la victoria de octubre una victoria o simplemente el inicio de una guerra civil? Mientras que en julio de 1789 nadie soñaba con que la monarquía llegara a su fin, en octubre de 1917 Lenin tiene una idea clara y distinta de lo que quiere hacer: una dictadura del proletariado, seguida de la desaparición del Estado. Sin embargo, todo parece sugerir que, en lugar de ser iluminado por el marxismo, fue llevado a reconocer sus puntos oscuros, uno por uno. Nada sobre Derecho Constitucional; nada sobre el Sistema Penal; nada sobre la cuestión agraria; nada acerca de la transmisión de conocimiento; Etc. Incluso en el campo de la economía, el gran teórico tuvo que desaprender lo que creía saber. Para tomar sólo un ejemplo: la Nueva Política Económica (NEP) procuró reparar las consecuencias de las decisiones subsiguientes a Octubre. Más allá de establecer si la NEP tuvo éxito o no, lo que atestigua, en cualquier caso, es el hecho de que el marxismo-leninismo erró respecto de aquellas cuestiones que supuestamente dominaba. En este sentido, Octubre no es el anuncio de un futuro, sino el comienzo de su declive inmediato: el del marxismo-leninismo. No es en nombre de los hechos sino, más bien, en nombre de la doctrina que Lenin, al bajarse del tren, inicia la Revolución de Octubre. Sin embargo, la doctrina no resiste la prueba de los procesos empíricos que ella misma desencadena. Stalin se convierte en terror para paliar este envejecimiento acelerado. Sus sucesores terminan siendo sometidos a sus efectos, sin intentar ya nada más.

Más allá de la cuestión del marxismo-leninismo, es la propia creencia revolucionaria la que se encuentra quebrada. El mismo escepticismo surge al considerar a China. ¿Pudo el maoísmo sobrevivir a Mao? ¿Fue su victoria verdaderamente una victoria? La revolución que encarnó se dejó subsumir por la forma-mercancía. Más claramente, la Revolución Cultural culmina en una derrota; en el siglo

XIX, ni la sociedad, ni el poder del Estado oirán sobre ella. En el mejor de los casos, podrá concederse que un auténtico proceso se dio inicio a partir de ella, pero la Banda de los Cuatro lo corrompió. Y en cualquier caso, el resultado final es el mismo. Autoriza sólo una alternativa. O bien la Revolución Cultural no es una revolución y entonces Mao debe ser considerado un contrarrevolucionario. O bien, la Revolución Cultural es ciertamente una revolución, pero entonces el axioma “revolución = victoria” debe ser rechazado, junto con la creencia revolucionaria.

En el pensamiento francés, muchos han elegido la segunda de estas posibilidades. Entre ellos, Alain Badiou se destaca con toda su autoridad. Me permito solamente, entonces, detenerme en su explicación. En ella observo el retorno del axioma del siglo XIX: “revolución = derrota”. La Comuna de París, una vez más, se convierte en el paradigma. Marx había visto en la Comuna a los Titanes subiendo al cielo; aquellos que tenían cierta formación en cultura clásica, como él, sabían que aludía a una catástrofe. Zeus, el vencedor, lanzó a la mayoría de los Titanes al abismo. Para el marxismo-leninismo, la Comuna es una derrota admirable, de la que hay que extraer las lecciones negativas, para aprender a través de esa experiencia, a no reproducirlas. En el siglo XX, se dice que Octubre prueba que esta tarea ha sido cumplida. Sin embargo, en la perspectiva de Alain Badiou, las verdaderas lecciones de la Comuna no son negativas sino afirmativas, y antes que descalificarlas, la derrota las legitima. El fracaso táctico de la Comuna atestigua su grandeza estratégica.

La confirmación se busca en la Revolución Cultural China. Alain Badiou distingue dos caminos: el de Lin Biao, responsable de las órdenes erróneas que llevaron a las masacres, y el de la Comuna de Shanghai, repleta de promesas para el futuro. Si se objeta que el segundo camino no triunfó sobre el primero y que, para poner fin a los errores de Lin Biao, era necesario poner fin a la Revolución Cultural misma y, con ella liquidar también el esfuerzo de Shanghai, la respuesta es simple: el criterio de la victoria no tiene pertinencia en la política.

Adecuada o inadecuada, esta doctrina importa. Confirma el final de la creencia revolucio

naria del siglo XX. Rompe abiertamente con el marxismo-leninismo, abandonando su axioma principal: “revolución = victoria”.

Si ya no es cierto que el signo distintivo de la autenticidad revolucionaria es la victoria, entonces todo debe ser reconsiderado. La derrota no es necesariamente el precio de la insuficiencia. La victoria no significa nada más allá de las circunstancias que lo hicieron posible. La propia revolución ya no orienta el pensamiento ni regula la acción, ni como objetivo, ni como horizonte. En su forma antigua, que nació en el siglo XIX, y en su forma moderna, que nació en el siglo XX, la creencia revolucionaria mantuvo la tesis de que sólo la revolución permite el paso de lo viejo a lo nuevo. Al preferir la noción de hipótesis a la de la revolución, la nueva doctrina política rompe abiertamente con la vieja creencia.

Sin aceptar necesariamente la doctrina de Badiou, debe considerársela como un síntoma revelador. Octubre o la Comuna - los enemigos del capitalismo deben elegir. Si eligen a Octubre, entonces se contradicen a sí mismos, ya que adoptan la ecuación de Octubre que establece “revolución = victoria”; pero a la larga Octubre ha sido derrotado. Siguiendo sus propios principios, no debe considerársela una revolución. Si, por otra parte, se elige la Comuna, luego Octubre y los acontecimientos que su nombre condensa no enseñan sino lo contrario de lo que pretenden enseñar. Lo que anunció como revolucionario no fue transmitido por la victoria del Partido sino por los derrotados, precisamente, fuera del Partido: Blok, Mandelstam, Shalamov; es decir, poetas, escritores o artistas.

¿Debe decirse que nada ocurrió en octubre de 17, excepto la decisión audaz de un teórico obstinado? Ésa no es mi posición. Pero el momento esencial no se refiere directamente a la transformación social y política. Se refiere más bien a la cuestión de la guerra.

Es bien sabido que esta pregunta desempeñó un papel central en la secuencia que llevó de febrero a octubre. En febrero de 1917, el poder zarista fue aniquilado porque los soldados en el frente y sus familias en Rusia se convencieron de que estaban siendo traicionados. Los combatientes entendieron que debían liberarse del nido de espías en el que se había transformado la Corte Imperial. Los primeros soldados soviéticos no querían paz,

sino comandantes dignos de su nombre. La opinión pública los siguió. Los bolcheviques, que se habían opuesto desde el principio a la intervención militar, recomendando un tratado de paz separado, eran una minoría y se encontraban aislados. Para octubre, la opinión pública había cambiado. Los combatientes deseaban regresar a sus hogares; las familias anhelaban la paz.

Todos los beligerantes sufrieron una crisis durante 1917. Los motines de los ejércitos franceses y de los soldados rusos soviéticos se hacían eco los unos de los otros. Sin embargo, mientras que en Francia, ninguna formación política constituida transmitió la revuelta, los bolcheviques, en Rusia, supieron convertirla en fuerza política. El hecho de que su posición sobre la guerra no hubiera cambiado, contribuyó a su éxito. Fue entonces cuando su partido y los soviéticos se unieron. La consigna “¡Todo el poder a los soviets!” hizo posible que una decisión que perteneciente al partido de Lenin (el rechazo de la guerra) se convirtiera en una decisión política aceptada por todos.

Pues es entonces una cuestión de política. La audacia de Lenin consiste en sostener que, en lo que respecta a la política, el resultado militar de la guerra carece de importancia. Lenin rompe de modo consciente con la posición mantenida por los jacobinos en 1793, porque cree que las dos situaciones y los dos tipos de guerra no pueden identificarse. En 1793, los territorios de la República y la política revolucionaria no podían ser disociados. La noción de patria los unía indisolublemente. Los términos patriota y revolucionario se coperteneían, ya que el patriota tenía es ese entonces sólo una preocupación: conducir al enemigo más allá de la frontera. Para 1917 la noción de patria ha sido definitivamente corrompida por el zarismo; los territorios ocupados pueden tener alguna importancia práctica, pero resultan políticamente insignificantes. La mayoría de ellos son el fruto de la expansión imperial y del nacionalismo de la Gran Rusia, que Lenin rechaza. La victoria de la Revolución necesita la derrota militar.

Después de la ruptura del Pacto Germano-Soviético, Stalin afirma lo contrario. Y Mao Tse-Tung hace lo mismo: derrotar militarmente a Japón y expulsarlo de China es un logro revolucionario. En ambos casos, la victoria de la revolución

necesita una victoria militar. Lenin, de un lado, y Stalin y Mao, por otro, parecen entonces opuestos. Pero esto no es así. Los tres se sitúan en la misma conmoción inaugurada por Lenin. Contrariamente a lo que se ha dicho con demasiada frecuencia, no siguen a Clausewitz; sino, más bien, rompen con él, proponiendo una nueva problemática. El axioma clausewitziano puede ser recordado: la guerra es la continuación de la política por otros medios. Este principio tiene un defecto. Oculta el lema que debe derivarse de él: esto es, que esos “otros medios” que definen a la guerra se oponen a los medios fundamentales de la política, que, podemos deducir, implican la paz. Lenin concentra sus esfuerzos exactamente en este punto: sostiene explícitamente que la paz, como el cese de la guerra, es el primer medio de la política. ¿Por qué? Porque la paz da la oportunidad de regresar a otra guerra, que no es un medio de la política sino la política misma: la lucha de clases. En resumen, la doctrina marxista-leninista puede ser analizada de la siguiente manera:

- a) Hay dos guerras: la guerra militar, por un lado, y la lucha de clases, por el otro.
- b) La guerra militar es uno de los medios de la política; mientras que, lejos de ser un medio, la lucha de clases constituye la política en sí misma.
- c) Así como hay dos guerras, hay que distinguir dos tipos de paz: la paz militar, por se parte, pone fin a la guerra militar y la paz política, que pone fin a la lucha de clases. Mao Tse-Tung llama a este último término la victoria final.
- d) Análogamente, se distinguen dos victorias: la victoria militar, ganada en el campo de batalla, y la victoria política, por la cual el proletariado derrota a la burguesía – de modo temporario o definitivo. Puede ocurrir que la victoria política requiera victoria militar; pero también, que la victoria política exija renunciar a la victoria militar.
- e) La guerra militar se convierte en el medio de la política sólo si prepara para la paz; de hecho, la paz militar, al concluir la guerra militar, abre el espacio en el cual la lucha de clases puede tener lugar, por sí misma. Sin embargo, y dependiendo de las

circunstancias, esta paz puede ser alcanzada por la victoria o por la derrota militar.

En síntesis, la problemática leninista sostiene que toda teoría de la guerra militar sigue siendo superficial, en la medida en que no implique una teoría de la paz, o más bien de los dos tipos de paz. Sólo la paz militar es el medio adecuado de la política; la guerra es el medio indirecto, mediante la paz militar, que la misma guerra vuelve alcanzable. Mientras la paz política (el fin de la lucha de clases, la victoria final, etc.) aún no se haya alcanzado, cada paz militar es sólo un armisticio. Mientras la lucha de clases continúe, de hecho, se librarán guerras militares. Es sólo en apariencia que la victoria de la URSS sobre Hitler y la victoria del Ejército de Liberación Maoísta sobre Japón se oponen al tratado de Brest-Litovsk que Lenin firmó con el Imperio Alemán en 1918. Los tres eventos son de la misma naturaleza: establecieron un armisticio para liberar el campo a la política. Es cierto que, en los tres casos, la política de la lucha de clases asume, en última instancia, una forma grotesca; pero ese hecho puede dejarse de lado para aislar el patrón de la secuencia. Entonces se ajusta a principios claros y constantes. Bajo esta luz, se puede entender, a la inversa, por qué ciertas guerras y ciertos estados de paz traicionan la absoluta ausencia de la política. En el Cercano Oriente y el Oriente Medio, hay quienes hacen de la guerra un absoluto, en lugar de convertirla en un medio para la paz. Otros, han hecho lo mismo con respecto a la paz; convirtiéndola en un absoluto, en lugar de concebirla como un medio para la política. Así es como la Unión Europea razona, para sí misma y para el resto del mundo. Finge desconocer que toda paz militar es un armisticio y que, como tal, tiene objetivos de paz que no son sino objetivos de guerra. Es la tarea de la política determinar estos objetivos. En nombre de la guerra absoluta, los unos, y en nombre de la paz absoluta, los otros, ambos grupos simplemente han esquivado la política.

Octubre del 1917 fue, por el contrario, testigo de la apertura provisional de un espacio en el que la política pareció creer en sí misma. Al bajar del tren, Lenin estaba plenamente al tanto de cada uno de los aspectos fundamentales de la realidad: la guerra externa; el tratado de paz separado que

estaba por venir; la guerra civil que probablemente se produciría; la inmensidad del Imperio; las convicciones de partido, etc. En un solo instante, los transformó en medios subordinados a un objetivo principal. A la luz de los acontecimientos, me inclino a creer que el instante era ilusorio. Sin embargo, en ese instante, se puede vislumbrar una chispa del real. Se trata de la tríada guerra-paz-política. Octubre de 1917 inicia la larga y lenta declinación de la creencia revolucionaria; pero una nueva doctrina de la guerra aparece en forma embrionaria. Aun no se la ha establecido de manera definitiva. Pero, las consecuencias de su ausencia pueden ser observadas. Y son catastróficas.

NOTAS

1 Aníbal (Cártago, 247 a.C – 183 a.C.). La frase es atribuída por Livio en *Ad Urbe Condita*, a en a Maharbal (siglo III a. C.): *Tum Maharbal: ‘non omnia eidem di dedere; vincere scis, Hannibal, victoria uti nescis’* (Livio 22.51, 4).

2 Fragmento del “Sino-U.S Joint Communiqué”, realizado durante el encuentro entre el presidente R. Nixon y Mao Tse-Tung, en Shangai, en septiembre de 1972 (N. de T)

3 Paradójicamente, Alain Badiou alcanza la idea que personalmente desarrollé en *Relire la revolution*: la creencia revolucionaria es obsoleta, en tanto unifica victoria y revolución. Pero sus razones y las mías son absolutamente diferentes.